

Alejandro Vicuña,

## A orillas del Nilo <sup>(1)</sup>



través de los juncales ribereños, la mirada escrutadora de la doncella ha descubierto un objeto extraño, que se balancea sobre las aguas fangosas de la orilla, sin dejarse arrastrar por la corriente caudalosa del río. Parece a primera vista un haz de yerbas secas, arrebatadas posiblemente por las aguas a algún avaro cultivador de las márgenes del Nilo; o un botecito-juguete, de esos con que los rapaces ensayan sus aspiraciones infantiles, de convertirse algún día en patrones de los barcos, que día y noche surcan la turbia corriente del río sagrado.

No obstante, la insistencia de grullas y cigüeñas en mero-dear junto al objeto flotante, acercándose a él y luego abandonándolo a su suerte, no sin haberse empeñado en desentrañarlo con los punzados de sus largos y torpes picos, indica a todas luces que no se trata de un simple juguete o manojito de yerbas, asilado entre los carrizales pantanosos de la orilla.

La curiosidad, aguijón potente de la voluntad femenina, impulsa a la doncella a descifrar el pequeño misterio, participando antes sus inquietudes a su ama, la hija del Faraón, a quien acompaña en su diaria visita a las orillas del Nilo.

La Princesa se dispone ya a entregarse a las delicias del baño y desciende las amplias y bien pulidas plataformas de

---

(1) Capítulo de la obra de «Moisés» que aparecerá próximamente.

granito rojo. suavemente escalonadas hacia el río, y cuyos últimos peldaños se pierden bajo las aguas: pero, ante la súplica de su doncella, no puede menos de detenerse e impartir órdenes inmediatas, a fin de aclarar el misterio que intriga a su acompañante, y que ha terminado por interesarla también a ella.

Rápido mensajero se interna entre cañas, juncos y papiros, en dirección hacia el sitio señalado por la doncella,

Una voz lacerante, como vagido o llanto de niño, orienta al enviado real, en su búsqueda a través de los cañaverales. Antes de mucho tiempo los ojos atónitos del mancebo descubren una cesta flotante, de cuyo interior brota el llamado de una criatura.

La mirada piadosa de la Princesa se fija con ternura en el niño encerrado en la urna de mimbre, y recordando las severas órdenes de su padre sobre los recién nacidos pertenecientes a la raza israelita, exclama con tristeza:

—«Es uno de los niños de los hebreos» (1).

Agazapada entre matorrales cercanos, ha seguido ansiosamente el desarrollo de la escena anterior una muchacha, de 15 años de edad, y que obedece entre los suyos al dulce nombre de María. Ha recibido ella de su madre la consigna de velar por la suerte del frágil envoltorio confiado a las aguas del río; y de acuerdo con un plan inteligentemente preparado, abandona su escondite, y se acerca a la Princesa, en esos momentos decisivos en que los corazones de varias mujeres palpitan de emoción en presencia de un niño deshecho en llanto.

Con esa confianza ingenua, que se establece entre almas femeninas cuando son presas de los instintos maternales, la desconocida hebrea se atreve a interrogar a la hija del Faraón:

---

(1) Exodo, Cap; II, v. 6.

—¿Quiéres que vaya a llamarte a una mujer hebrea, capaz de criar al niño? (1).

La suerte de Moisés queda asegurada desde la mirada benévola con que accede la Princesa a la insinuación de la muchacha hebrea. Corre María en busca de su madre, y madre también de la criatura salvada de las aguas, reitegrándose luego al hogar de Amrám y Jocabed el hijo abandonado horas antes a la turbia corriente del Nilo.

Poderosas razones de estado, de esas con que la antigüedad y aun los tiempos modernos han pretendido justificar inhumanas medidas, inducen a Ramsés II, señor del alto y del bajo Egipto, a dictar órdenes de exterminio contra la población hebrea, vecindada desde siglos atrás en la región feracísima de Gessén, provincia del reino faraónico comprendida entre el Nilo, el Mediterráneo y los confines orientales del país.

La experiencia de acontecimientos recientes, de largas y difíciles guerras sostenidas contra tribus asiáticas de las comarcas vecinas, han arraigado en el Rey la convicción del peligro que entrañan los extranjeros residentes en su reino, forjando al mismo tiempo la resolución de exterminarlos inexorablemente.

El centenar de israelitas, establecidos en tierras de Gessén en tiempos del Virrey José, se ha multiplicado en el transcurso de cuatro siglos hasta constituir un pueblo numerosísimo, con intereses distintos de los egipcios, con hábitos propios y lengua nacional, con religión antagónica de la oficial, y sobre todo, con ese espíritu de secta, que en la serie de los siglos ha convertido a los hebreos en huéspedes indeseables en todas las regiones del globo.

¿Cabe extrañarse, entonces, de las medidas inspiradas por el odio y el temor contra esa raza inconfortable?

(1) Flavio Josefo atribuye al esfuerzo hebreo del acarreo de materiales para la construcción de las pirámides, pero tales monumentos son anteriores al establecimiento de los israelitas en Egipto. (Antigüedades judáicas, Lib. II, Cap. 5).

«Aborrecían los egipcios a los hijos de Israel» (1), y de acuerdo con tal sentimiento colectivo, dispuso el Rey que los hombres hebreos fuesen agobiados con trabajos forzados, los más duros e insoportables, obligándoseles a fabricar ladrillos para edificar las ciudades de Ramsés y de Pithóm, hacer diques para contener las aguas del Nilo, abrir canales de regadío y realizar otras labores en pantanos y terrenos infestados de miasmas y peligrosos insectos (2).

Pensaba con estas medidas el soberano egipcio realizar su programa de destrucción de los hebreos, dado a conocer públicamente en estos términos:

«El pueblo de los hijos de Israel—había dicho el Faraón—es más numeroso y más fuerte que nosotros. Oprimámoslo con astucia. No sea que se multiplique demasiado, arremeta en guerra contra nosotros, se junte con nuestros enemigos, y después de vencernos, se marche con nuestros despojos» (3).

El trabajo forzado, impuesto por los Reyes de Egipto a sus súbditos, no era medida del todo atrabiliaria o injusta. Una especie de derecho asistía al Estado faraónico para disponer de las energías de los habitantes nacidos en las márgenes del Nilo, siendo la conducta de aquellos gobernantes milenarios más ajustada a los principios de justicia que la observada por ciertos estadistas de nuestros tiempos de luminosa cultura.

Durante la hambruna general, recordada por la Biblia en los conocidos episodios de las espigas fecundas y vanas, de las vacas gordas y flacas, el Estado Egipcio, dando pruebas de cordura y previsión, no imitadas en siglos posteriores, había acumulado en los años de abundancia víveres y provisiones en cantidades fabulosas, para hacer frente a la miseria que debía producirse en los venideros años de escasez.

---

(1) Exodo, Cap. I, vs. 9-10.

(2) Exodo, Cap. I, v. 13.

(3) Exodo, Cap. II, v. 7.

La acertada interpretación del sueño real, y las oportunas medidas tomadas por el Virrey José para conjurar los fatídicos augurios manifestados en forma misteriosa, convirtieron al Estado egipcio en absoluto señor de todas las tierras y medios de producción existentes en la cuenca del Nilo, y aun de la actividad misma de sus pobladores (1).

Tras los años de fertilidad extraordinaria, vinieron las malas cosechas y la insuficiencia de los artículos de alimentación, provocando el hambre y general desesperación de los habitantes.

Una sola entidad egipcia se había mostrado prudente y previsoras en tales circunstancias: El Estado. Enormes graneros, diseminados en el territorio, se hallaban repletos de cereales, almacenados durante los años de abundancia.

Era llegado el momento de entregar esos alimentos a las poblaciones famélicas; pero, mediante un justo precio,

El dinero de los particulares comenzó a ingresar al erario real, en pago del trigo vendido por el Estado.

Agotado el circulante metálico de los pobladores, el hambre continuaba haciendo sus estragos; por lo cual, «todo Egipto acudió a José y le dijo: Danos de comer, ¿Cómo es posible que nos muramos de hambre porque no tenemos dinero? A los

---

(1) He aquí el famoso sueño faraónico: «Parecíale que estaba parado cerca del río, del cual subían siete vacas; hermosas y muy gruesas, y que pacían en lugares pantanosos. Salían luego del río otras siete vacas, feas y extenuadas, y pacían en la misma ribera. Y se comieron a aquéllas, cuya hermosura y lozanía de cuerpos era maravillosa. Faraón despertó, y volvió luego a dormirse. Y vió otro sueño: Siete espigas brotaban de una sola caña, llenas y hermosas; y otras tantas espigas nacían también, delgadas e infestadas de polvillo, que devoraban toda la lozanía de las primeras». (Génesis, XLI, vs. 1-7).

José interpretó ese sueño en la siguiente forma:

«Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia. Las siete vacas flacas y extenuadas y las siete espigas delgadas y con peste son siete años de hambre que han de venir...».

cuales respondió: «Traed vuestros ganados, y por ellos os entregaré víveres, ya que carecéis de dinero. Y les dió con qué mantenerse, en cambio de los caballos, ovejas, bueyes y asnos» (1).

En virtud del trueque propuesto por José, la propiedad de todos los ganados del inmenso territorio egipcio pasó al cabo de algunos meses a incrementar el patrimonio faraónico, en cambio de los víveres otorgados por el Estado a los particulares.

El hambre continúa arreciando en la cuenca del Nilo...

Sin dinero ni bienes muebles, sólo resta a los pobladores la posesión de la tierra. Pero ¿qué podían hacer esos propietarios con sus campos, sin disponer de semillas o animales de labranza, y acosados todavía por la hambruna?

Procedieron entonces los habitantes a enajenar las tierras e hipotecar la fuerza de sus brazos, a trueque de conservar la existencia,

«No se os oculta—dijeron las poblaciones famélicas al Rey—que carecemos de dinero y de ganados, quedándonos únicamente nuestras tierras y nuestros cuerpos. Antes de morir de hambre, tomad nuestras vidas y nuestros campos, compradnos para la servidumbre real, y dadnos semilla para que la tierra no quede reducida a soledad, pereciendo los cultivadores» (2).

El Estado egipcio acogió la súplica de los pobladores, y abrió otra vez sus graneros, esta vez en cambio de las tierras y de la actividad personal de sus súbditos.

«Compró, pues, José toda la tierra de Egipto y la sometió al Faraón, salvó la tierra de los sacerdotes, a los cuales se les daba alimento de los graneros públicos, sin obligarlos a vender sus posesiones» (1).

---

(1) Génesis, Cap. XLVII, vs. 15-17.

(2) Génesis, Cap. XLVII, vs. 18-19.

(1) Génesis, Cap. XLVII, vs. 20-22.

La enajenación de la libertad de trabajo de los egipcios quedó explícitamente estipulada por las partes contratantes:

«Dijo José a los pueblos; Faraón os posee a vosotros y a vuestras tierras; tomad semillas y sembrad los campos, para que podáis tener frutos.

«Y ellos respondieron: En tus manos quedan nuestras vidas. «Que nos mire solamente nuestro año, y alegres serviremos al Rey» (1).

Acaparada por aquel primer estado socialista la totalidad de las riquezas y medios de producción de sus vasallos, no procedió ese gobierno, como en ciertas estúpidas experiencias de nuestro siglo, a estrangular las iniciativas individuales y privar de cualquier aliciente al hombre esforzado y trabajador. En esa época se dejó todo el fruto de los campos en beneficio de sus cultivadores, reservándose el Estado, o sea, el propietario de las tierras, ganados y semillas, sólo la quinta parte de la producción.

«Daréis al Rey la quinta parte—les dijo José—: las cuatro restantes se las dejo para simientes o para alimento de vuestras familias e hijos» (2).

El cronista hebreo después de relatar esta inteligente maniobra económica del Estado egipcio, en la cual, mediante justa indemnización y de acuerdo con los propietarios, todos los bienes, muebles o inmuebles, pasaron a formar parte del patrimonio colectivo, resume la situación establecida en el país desde esta especie de contrato entre el Faraón y sus vasallos en estos términos:

«Desde aquel tiempo hasta el día de hoy se paga a los reyes la quinta parte en toda la tierra de Egipto, lo que cons-

---

(1) Génesis, Cap. XLVII, vs. 23-25.

(2) Génesis, Cap. XLVII, v. 24.

tituye una ley, a excepción de la tierra sacerdotal, la cual quedó exenta de esta contribución» (1).

El régimen económico inaugurado en tiempos de José explica, y aun justifica, los duros trabajos impuestos a los israelitas residentes en Egipto,

Empeñado Ramsés en edificar dos ciudades-fortalezas, Pit-hóm y Ramsés, en los confines del reino con los pueblos asiáticos, ha escogido a los hijos de Jacob, moradores en la región, para trabajar en la fabricación de los adobes y ladrillos necesarios para la obra. Enérgicos mayordomos vigilan a los operarios, entregados a la tarea de amasar el barro con paja, y darle forma geométrica en moldes, para exponerlo en seguida a los rayos del sol o introducirlo en hornos recalentados para el objeto (2).

Severamente se exige a cada operario la entrega exacta de cierto número de adobes o ladrillos fabricados durante el día, gastando los capataces inhumana crueldad para quienes no desarrollan la cuota asignada. Latigazos y disminución en la ra-

---

(1) Génesis, Cap. XLVII. v. 26.

Heródoto y Flavio Josefo, mil años más tarde, reconocen vigente idéntico sistema económico en Egipto.

(2) Las excavaciones practicadas durante la apertura del canal de Suez han confirmado los datos bíblicos acerca de la fabricación de las ciudades de Ramsés y de Pithón, y se ha verificado que estaban fabricadas con adobes de 44 centímetros de largo, por 24 de ancho y 12 de espesor.

«Jacob—dice Fernando Lesseps, ingeniero del canal—se estableció en el valle por donde abrimos el antiguo canal derivado del Nilo. Allí es donde se encuentran las ruinas de Ramsés, ciudad nombrada en la Biblia, y donde se fabricaban los famosos ladrillos de los hebreos. La Compañía del canal marítimo, al ordenar excavaciones en Ramsés, encontró los depósitos de terreno arcilloso, que empleaban los hebreos para la fabricación de sus adobes, y de esa arcilla se sirvió para la construcción de Ismailia». (Conference de F. M. de Lesseps a Nantes sur le canal maritime de Suez, París, 1867).

ción alimenticia afligen a quienes por un motivo u otro se atrasan en el cumplimiento de su deber.

A más del beneficio proporcionado por el trabajo de los hebreos, espera el Faraón, con la dureza del clima y cuota agobiadora de esfuerzo exigida a los operarios, acabar con el vigor y prolificidad de esa raza odiada y temida (1).

Pero, «cuando más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían» (2).

Sin perjuicio de impartir cada día órdenes más severas a los capataces de los trabajadores hebreos, juzgó oportuno el Faraón recurrir a otra clase de medidas para conjurar el peligro israelita. Acordó neutralizar la proflicidad de esa raza fecunda, haciendo dar muerte a todos los hijos varones en el momento de venir a la vida.

La complicidad de las parteras egipcias, que desempeñaban su oficio entre los hebreos, fué solicitada por la autoridad real, para llevar a cabo el nefasto proyecto:

—«Cuando asistiéreis a las hebreas—dijo el Faraón a las matronas egipcias—y llegare el tiempo del parto, si la criatura fuere varón, matadle; si hembra, conservadla» (3).

---

(1) El número de adobes o ladrillos necesarios para la construcción de una ciudad en la delta del Nilo alcanzaba proporciones astronómicas, pues no se trataba solamente de alzar viviendas o edificios públicos, sino de elevar previamente verdaderos cerros artificiales, sobre los cuales se edificaban después las casas. Obedecía esta precaución a la necesidad de defender las habitaciones contra las inundaciones del Nilo,

«Sesostris (Ramsés II)—escribe Diodoro de Sicilia—preparó grandes y numerosos cerros, a los cuales trasladó las ciudades a que la naturaleza había rehusado una posición elevada, con el designio de que los hombres y las bestias encontraran en ella un refugio contra la inundación del río» (Biblioteca histórica, I, 57).

(2) Exodo, Cap. I, v. 12.

(3) Exodo, Cap. I, v. 16.

No obstante orden tan perentoria, el respeto a las leyes de la vida fué más poderoso en el corazón de las parteras que al Soberano del Alto y del Bajo Egipto: y mostrándose compasivas con las criaturas por nacer, les permitían abandonar el seno materno y entrar al goce de los placeres agridulces de la vida.

A una perentoria advertencia del Faraón, reclamando el cumplimiento de la orden dictada, replicaron las matronas egipcias:

«Las mujeres hebreas no son como las de Egipto; ellas no necesitan de parteras para dar a luz, y así, cuando nosotras llegamos a asistirles, ellas han parido ya» (1).

Fracasada la criminal tentativa del Faraón, acude a su mente la más bárbara de las ocurrencias para llevar adelante su proyecto de exterminio: recomienda y ordena a todos sus vasallos arrojar sin piedad al Nilo a los recién nacidos hebreos, cualesquiera que sean la situación o categoría de sus padres (2).

Y subieron al cielo los gemidos de las madres israelitas, mientras las aguas del río arrastraban los cuerpecitos de sus hijos. . . .

Los dedos de Jocabed se mueven con agilidad, entrelazando juncos y papiros, y asegurándolos con cuerdas, cuando así lo exige la solidez de la trama.

Hace tres meses ha tenido un niño, y su corazón de madre se ha resistido a entregarlo a la muerte, como lo manda el Tirano. Le ha mantenido oculto en el rincón más secreto del hogar, ahogando contra su pecho los tiernos vagidos de la criatura, temerosa de que alguien escuche esas primeras señales de vida y denuncie a los asesinos la existencia de una víctima escapada a sus furiosos. Pero cada día se hace más difícil ocultar

---

(1) Exodo, Cap. I, v. 19.

(2) «Mandó Faraón a todo su pueblo, diciendo; Todo varón que naciere echadle al río». (Exodo, Cap. I, v. 22).

al recién nacido, pues los espías, y quizá, las mujeres de su propia raza, envidiosas de una felicidad por ellas perdida, acechan en los alrededores de su hogar, ansiosos de verificar una burla a las órdenes faraónicas.

¿Y entonces?

Si descubrieran la infracción de la real orden, no sólo el recién nacido será la víctima de los sayones, sino que la desgracia caerá implacable sobre todo el hogar; sobre Amrám, su jefe; sobre Jocabed, su esposa; la graciosa María, muchacha de 15 años, la hija mayor y el pequeño Aarón, retoño de tres primaveras, cuya belleza y precoz espíritu de reflexión constituyen la mejor esperanza de sus padres.

Ante expectativa tan peligrosa han optado los esposos por el sacrificio del recién nacido: aunque su fe israelita, más profunda y potente que las aguas del Nilo, les hace presentir que los brazos de la Providencia sabrán en una u otra forma arrebatar su presa a la corriente caudalosa del río.

Mientras Jocabed enlaza los mimbres de la frágil embarcación, amasa su esposo con lágrimas el betún para calafatear la urnita de su hijo.

En esta forma—discurre el padre infortunado—escapará si quiera la tierna criatura a la voracidad de los peces del río, y arrastrado por la corriente, llegará mi hijo hasta donde Dios quiera...

Al formular Amrám esta parte de su discurso interior, siente su corazón agitado por el dolor y la esperanza. Todo lo induce a pensar en lo peor; no obstante, contra toda probabilidad, continúa embetunando la barca protectora.

En postrer rasgo de ternura maternal, ha cogido Jocabed en su pequeño huerto familiar un haz de yerbas ligeramente perfumadas, para suavizar con ellas el fondo y las paredes de la cesta de mimbre, donde reposará su hijo; y luego, con esa rapidez de las supremas decisiones, coloca en su nueva cuna al fruto de sus entrañas.

Creyeron percibir sus ojos de madre una sonrisa, la primera de la vida, en la carita del niño, en los momentos de cerrar la urna.

María corre presurosa, y se interna a través de los carrizales del río con la carga que le ha sido confiada. La deposita en un remanso de la orilla, y a corta distancia, se queda oculta entre los matorrales, atisbando los movimientos del real cortejo, en marcha hacia el río.

Lo demás lo realizó el cielo...

Acogido benévolamente el niño por la Princesa faraónica, recibe de ella misma el nombre de Moisés, o sea, *salvado de las aguas* (1)

---

(1) Episodios semejantes a la salvación de Moisés, cuenta la historia o la leyenda de algunos destacados personajes, creadores de imperios o conductores de pueblos, Rómulo, fundador de Roma, es librado de la corriente del Tíber por el pastor Fáustulo. Ciro' y Semíramis, abandonados a los elementos, son también preservados por pastores o fieles servidores. De Sargón, el Antiguo, llamado por Smith el *Moisés de Babilonia*, se lee en antiquísimos documentos babilónicos, conservados en el Museo Británico y traducidos por Menat: «4 Mi madre quedó en cinta de mí y me dió a luz en un lugar inaccesible. 5 Ella me depositó en un canastillo de mimbres, y lo calafateó con betún, y lo colocó en el río, el cual me arrastró muy lejos de ella. 6 Yo fluctué sobre el río, que me llevó hacia Akki, sobrestante del agua. 7 Akki, el sobrestante del agua, me tomó cariño y recogió. 8 Akki, el sobrestante del agua, me crió como a hijo».

Este episodio de la infancia de Sargón, ciertamente conocido en Egipto en la época de Moisés, pudo sugerir a Jocabed la estratagema empleada para salvar a su hijo.